

VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología
del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2016.

La función del analista en la pubertad.

San Miguel, Tomasa y Monjes, Mariela.

Cita:

San Miguel, Tomasa y Monjes, Mariela (2016). *La función del analista en la pubertad. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-044/216>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eATh/n3f>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA FUNCIÓN DEL ANALISTA EN LA PUBERTAD

San Miguel, Tomasa; Monjes, Mariela
Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

Resumen: En este trabajo abordamos la articulación y distinción situadas por Freud entre infancia y pubertad a la luz de los conceptos concebidos por el autor en su texto "Tres ensayos de teoría sexual". Articulamos su planteo a la última enseñanza de Lacan sostenida en la lógica nodal situando la neurosis infantil como un nudo que se define más como punto de llegada que de partida. Incluyendo la dimensión temporal que la trenza supone en la topología nodal, ubicamos a la pubertad destacando dos vertientes problemáticas en el texto freudiano: el placer preliminar, que pese a ser tensión, no es displacentero y la posibilidad del encuentro con el objeto, en tanto re-encuentro. Nos preguntamos en este punto qué lugar para lo nuevo, la contingencia y el acontecimiento. Presentamos una viñeta clínica articulando la función del analista en la pubertad, señalando que se trata en este momento de la "re fundación" de lo elaborado en la infancia y subrayando la posibilidad de que un analista haga de relevo de las funciones parentales cuando ellas se encuentran "en suspenso".

Palabras clave

Pubertad, Infancia, Analista, Funciones parentales

ABSTRACT

THE ROLE OF ANALYST IN PUBERTY

Abstract: In this paper we address the difference created by Freud between childhood and puberty, using for this purpose several concepts formulated by him in "Three essays on the theory of sexuality". We match his argument with Lacan's last teaching referred to the "nodal logic", with the aim of considering childhood neurosis as a knot, which in turn is more an arrival point than a starting point. We take into account the concept of "braid" and its relationship with the "nodal topology", in order to include a diachronic dimension. This diachronic dimension allows us to comprehend the passage from childhood to puberty. We highlight two issues which Freud linked to puberty: first, that the preliminary pleasure is not unpleasant, despite being a tension. Second, that the encounter with the sexual object is a "re-encounter". In this point, we ask ourselves which is the role of contingency in this "re-encounter". We link this theoretical framework with a clinical case and we address how could the analyst intervene on puberty. We conclude that when parental roles are "put on hold", the analyst could occupy a key place, as puberty can rewrite childhood.

Key words

Puberty, Childhood, Analyst, Parental roles

Introducción:

En este trabajo abordamos la articulación y distinción situadas por Freud entre infancia y pubertad a la luz de los conceptos concebidos por el autor en su texto "Tres ensayos de teoría sexual". Articulamos su planteo a la última enseñanza de Lacan sostenida en la lógica nodal situando la neurosis infantil como un nudo que se define más como punto de llegada que de partida.

Incluyendo la dimensión temporal que la trenza supone en la topología nodal, ubicamos a la pubertad destacando dos vertientes problemáticas en el texto freudiano: el placer preliminar, que pese a ser tensión no es displacentero, y la posibilidad del encuentro con el objeto, en tanto re-encuentro. Nos preguntamos en este punto qué lugar para lo nuevo, la contingencia y el acontecimiento.

Presentamos una viñeta clínica articulando la función del analista en la pubertad, señalando que se trata en este momento de la "re fundación" de lo elaborado en la infancia y subrayando la posibilidad de que un analista haga de relevo de las funciones parentales cuando ellas se encuentran "en suspenso".

Infancia y Pubertad:

Lacan en 1975 dice que en la infancia se arma el nudo. ¿Qué es armar el nudo? Intentando una respuesta, diremos que se trata de enlazar lo Imaginario, lo Simbólico y lo Real, cuerpo, palabra y goce, dando lugar a la constitución de un sujeto que en este momento, la infancia, se responde por el enigma que comporta el deseo materno. Incluir la dimensión temporal en la estructura implica el concepto de *trenza* reemplazando al de nudo que se presenta más bien en una vertiente sincrónica. Y sobre todo, nos permite pensar los modos de intervención que cada etapa precisa habilitando al analista a servirse de ello.

En la infancia, el nudo constituye al otro, el Otro, el cuerpo, la realidad, la pulsión y el objeto, cuando está orientado por las funciones paterna y materna. El nudo infantil como *sinthome*, que mantiene unidos a los tres registros, es una respuesta vía el fantasma por el deseo de la madre, ya que el niño, en la neurosis, tramita el agujero en términos fálicos.

En su texto de 1905, "*Tres ensayos de teoría sexual*" Freud dice que el autoerotismo se constituye por el abandono del objeto oral, se refiere al destete que implica la vuelta de la libido a las zonas del cuerpo. Enmarca allí, en un tiempo fundante, lo que la intrusión de *lalengua* efectúa como fragmentación de un ser vivo, trastocando lo imaginario y lo real por incidencia de una letra que circunscribe un agujero en términos de vacío.

Lo universal es la pérdida del objeto de la necesidad vía la demanda al Otro, palabra que fragmenta el cuerpo y perturba lo imaginario. En ese sentido, lo autoerótico responde por esa pérdida y, cuando está anudado a la versión del padre, constituye la sexualidad y la neurosis infantil, "núcleo y modelo de la neurosis adulta".

Lo oral como chupeteo según Freud, es resto de goce del viviente. Plantea que en la etapa oral o canibática la actividad sexual no se ha separado de la nutrición. El objeto de una actividad es también el de la otra, la meta sexual es la incorporación del objeto, el paradigma de lo que luego se constituye como identificación.

La pulsión se constituye entonces en el encuentro con el Otro encarnado en un otro regulado por las funciones parentales. Fragmentación corporal de *lalengua* velada por el Edipo en el caso de las neurosis. Es interesante señalar que en este proceso que implica la neurosis infantil, Freud deja por fuera a la psicosis. Dice: "Estudiaremos el proceso de desarrollo de la sexualidad infantil que desemboca en la perversión, en la neurosis o en la vida sexual normal" (Freud, 2005a [1905]: 156).

Entonces, desde Freud podemos ubicar un pasaje que se orienta desde lo universal de la pérdida del objeto de la necesidad, a lo que Lacan llamará los “tipos de síntomas”.

Subrayamos que lo que Freud conceptualiza como sexualidad infantil es la pulsión articulada a la ley paterna. Ello nos permite distinguir el cuerpo y sus bordes, en la neurosis, del autoerotismo como fragmentación y retorno de goce en los agujeros del cuerpo en algunos tipos de psicosis, donde los agujeros corporales no han sido vaciados vía la palabra del padre.

Freud, en una extensa nota del historial del Hombre de las Ratas, ubica que el papel del padre como perturbador o seductor otorga una versión a la satisfacción pulsional autoerótica. Dice: “Sobre la huella correcta de la interpretación, uno es guiado por el discernimiento de que de esas escenas se registra más de una versión en la fantasía inconciente de los pacientes (...) los recuerdos de infancia se establecen sólo en una edad posterior (casi siempre en la pubertad) y entonces son sometidos a un complejo trabajo de refundación (...) el ser humano busca en esas formaciones de la fantasía sobre su primera infancia, borrar la memoria de su quehacer autoerótico, elevando sus huellas mnémicas al estadio del amor de objeto (...) El contenido de la vida sexual infantil consiste en el quehacer autoerótico de los componentes sexuales predominantes, en huellas de amor de objeto y en la formación de aquel complejo que uno podría llamar el complejo nuclear de las neurosis, que abarca las primeras mociones tanto tiernas como hostiles hacia padres y hermanos (...). A partir de la uniformidad de este contenido y de la constancia de los influjos modificadores posteriores, se explica que universalmente se formen las mismas fantasías sobre la infancia, no importa cuán grandes o pequeñas contribuciones aporte a ello el vivenciar efectivo. Responde por entero al complejo nuclear infantil que el padre reciba el papel del oponente sexual y del perturbador del quehacer autoerótico, y la realidad efectiva tiene habitualmente buena participación en ello” (Freud, 2005b [1909]: 162-163).

Hasta aquí la elaboración que implica la infancia. Definirá en cambio a la latencia como la instalación de inhibiciones, diques, sublimaciones que van constituyendo la cultura. Las mociones sexuales son inaplicables porque las funciones de la reproducción están diferidas. Son perversas, parten de zonas erógenas y producen displacer, por su sofocación vía los diques. Aclara que ella no es completa, diciendo: “cierta práctica sexual se conserva durante todo el período de latencia hasta el estallido reforzado de la pulsión sexual en la pubertad” (Freud, 2005a [1905]: 162).

Para Freud la Pubertad implica en cambio el encuentro con lo hetero, la posibilidad de reproducción, la “satisfacción plena” en tanto descarga. Pero, según el autor, resta esclarecer dos cuestiones en su desarrollo teórico respecto de este momento: por un lado, en la sexualidad la tensión no es displacentera, se trata del placer preliminar y por otro, sitúa el encuentro posible con el objeto al que define como re-encuentro, ya que depende de las marcas que ha dejado la pérdida del objeto de la necesidad y su refundación en el Edipo, pero al mismo tiempo propone la posibilidad de una contingencia por fuera de la repetición.

Comencemos trabajando la segunda de estas cuestiones. Freud dice: “Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. Lo perdió sólo más tarde, quizás justo en la época en que el niño pudo formarse la representación global de la persona a quien pertenecía el órgano que le dispensaba satisfacción. Después la pulsión pasa a ser regularmente autoerótica, y sólo luego de superado el período de latencia se restablece la relación originaria. El hallazgo (encuentro) de objeto es propiamente

un reencuentro” (Freud, 2005a [1905]: 202).

Entonces extraemos del planteo freudiano una serie que va del objeto perdido a la constitución del autoerotismo y luego, en la pubertad, la posibilidad de un objeto elegido en principio determinado por lo constitucional. Ese objeto elegido es un re-encuentro, la elección estaría determinada por las marcas que han quedado de esa relación originaria.

Sin embargo, es preciso matizar esta afirmación a partir de la elaboración freudiana posterior donde el autor afirma que puede haber vivencias traumáticas posteriores al modelo que implica la infancia, entendiendo el trauma como acontecimiento. Dice: “...nadie con alguna penetración pondrá en duda que en esa cooperación de factores hay lugar también para las influencias modificadoras de lo vivenciado accidentalmente en la infancia y después. No es fácil apreciar en su recíproca proporción la eficacia de los factores constitucionales y accidentales. En la teoría se tiende a sobrestimar los primeros, la práctica terapéutica destaca la importancia de los segundos. En ningún caso debería olvidarse que hay entre ambos una relación de cooperación y no de exclusión.” (...) “La serie etiológica única se descompone, pues, en dos: la predisposicional y la definitiva. En la primera, constitución y vivencias infantiles accidentales cooperan, como lo hacen en la segunda, la predisposición y las vivencias traumáticas posteriores” (Freud, 2005a [1905]: 219). Entendemos que el trauma es definido aquí como diferente a la repetición.

A partir de esta lectura, articulamos la otra cuestión planteada por Freud como problemática para la teoría: en la pubertad, el sujeto, confrontado a lo nuevo, al goce, no todo fálico ni materno, verifica que en lo sexual la tensión no es displacentera; se encuentra allí con un plus, no tendiente a la homeostasis, una cantidad frente a la cual convendrá posicionarse de modo singular.

Esto nos permite situar la contingencia, lo nuevo, y pensar la constitución del sujeto cada vez como resultado del interjuego entre elección y ofrecimiento.

No todo en el objeto elegido es re-encuentro. El efecto de anudamiento que implica la infancia es puesto a prueba en la pubertad, en tanto posibilidad de encuentro sexual que conlleva el encuentro con la castración. Este encuentro con el Otro sexo, con lo femenino, con la falla, implica un nuevo anudamiento que dará lugar a distintos modos de posicionamiento respecto del goce femenino.

En el Seminario 24, Lacan dice “El montaje es la cadena, la cadena de las generaciones” (Lacan, 1976: s/n). “Eso no quiere decir que podamos esquematizar la vuelta sobre sí mismo de un toro alrededor de otro por un garrote. Quizás hay algo que hace obstáculo. ¿La cadena inconciente se detiene en la relación de los padres?. Es, sí o no, fundada, esta relación del niño a los padres?” (Lacan, 1976: s/n). Es interesante pensar que hay algo que se transmite y algo que hace obstáculo a esa transmisión, lo que hace de “tranca”, traba la transmisión y deja lugar a lo nuevo. Ese obstáculo para Lacan es el cuerpo como agujero, que leído como vacío, habilita la contingencia y el encuentro, más allá de las determinaciones históricas.

En la clínica podemos situar presentaciones en la pubertad donde se demuestra la falla del padre en el tiempo de refundar los recuerdos propios de la elaboración infantil, refundación necesaria a partir de la posibilidad real del encuentro de cuerpos.

Lo que queremos subrayar es que, entre la versión novelada y edípica de las neurosis y el encuentro con el agujero sin la medida de la falta en las psicosis, podemos ubicar los síntomas contemporáneos, donde parecen haberse inscripto las funciones, pero han quedado en suspenso.

Es allí donde ubicamos la oportunidad del analista: es él en su función quien puede tomar el relevo de estas funciones a partir

de su lectura produciendo efectos de estructura no efectuados hasta el momento.

Un caso:

“L” (12 años) es derivada por su escuela, a la guardia del hospital, porque encontraron cortes en sus brazos. De la guardia, le indican ir al Equipo de Trastornos de la Alimentación. La conozco en la admisión. Entra con su mamá, quien dice, “Trabajo mucho, de limpieza, y los fines de semana tomo. Me siento culpable por lo que le pasa a mis hijas... bah, ellas me echan la culpa”.

Le pregunto a “L” qué le pasa. Dice que en pocos años fallecieron sus abuelos maternos y vio morir a su padrino electrocutado, “esa imagen no me la voy a sacar”. Su hermana le pega. Su papá se pelea con la novia y la meten en el medio. Su mamá trabaja mucho y después se va con los amigos a tomar, la deja sola muchas horas. En la escuela, le dicen “puta, agrandada”.

Dice que se corta cuando está mal, para desahogarse. Cuando se queda sola en su casa, se ve gorda y ahí se corta o vomita. Le digo que es muy complicado lo que le pasa, pero que con los cortes esos problemas no se van a desatar.

En la primera entrevista relata que su mamá la deja por las noches en lo de una amiga, donde ella no quiere estar. Que su mamá se junta con sus amigos, ponen música, gritan, toman hasta la mañana. Que su papá es “bipolar” y tiene una novia que no quiere que se vean. Menciona a su abuela paterna, es “buenita... me tiene limpia, me manda a hacer cosas”.

Pregunto si recuerda el primer corte. Dice que ese día no estaba sola, que era el cumpleaños de su mamá y había más gente. Su madre y su padre se peleaban por su apellido, que cambió el año pasado del materno al paterno. Pero ella quería el anterior, porque era el de su abuelo, a quien le había prometido mantener el apellido, lo que la enorgullecía.

En otra entrevista dice que pasan varias semanas sin que “aparezca” su papá. Pero ella afirma que tiene que aparecer “sí o sí”, porque necesita zapatillas, las van a desalojar de donde viven y también, porque está por cumplir años.

Le pregunto por qué se corta, dice que porque no tiene con quién agarrársela. Le pregunto con quién le gustaría, dice que con su papá. Dice que sus padres, separados hace 3 años, sólo volvieron a hablarse cuando se enteraron de sus cortes. Me sorprende “¡lo que lograste!”. Me mira triste.

Cito al papá, le digo a “L” que en cuanto pueda hablar con él, le diga que lo esperamos para conocerlo. Parece aliviada.

El papá vive en provincia, trabaja independiente y dice que está preocupado por “lo que está haciendo L”. Está al tanto del desalojo. La jefa le dice que la niña no puede quedarse sin casa y él dice que está dispuesto a que se vaya a vivir con él. “L” no menciona los problemas con la novia de su papá, ni su anterior descripción sobre él como “bipolar”, no lo contradice, escucha atenta. Parece apaciguarse con su presencia allí.

A la siguiente entrevista la trae la mamá, me pide, acelerada, que hablemos un rato a solas, afirma que un compañerito “abusó de L”, que *a ella le pasó lo mismo*, que no quiere eso para su hija. La tranquilizo, le pregunto si el chico es de la edad de “L”, le digo que quiero escucharla, que quizás haya sido un juego.

“L” parece tranquila, pero también utiliza la palabra “abuso”. La noto *interesada en que su mamá venga a hablar*. Ese chico es su “mejor amigo”, dice que “le toca el culo a todas pero conmigo no se había zarpado nunca”. Volvían del colegio, pasaron por la casa del chico, él se quedó en calzoncillos y le tocó “el culo, las tetas, entonces yo agarré mi mochila y le dije que nos fuéramos”. No hay angustia.

Agrega que el papá del chico es “igual”, que es “baboso” y lo incita a hacer ese tipo de cosas. Recuerda que en una fiesta del colegio fue cómplice de los varones y les dio alcohol para que llevaran. Dice que ella vio que estaban todos los chicos desesperados por la botella y que “para que mis compañeros no tomaran, agarré y me la tomé toda yo”. Vuelvo sobre lo anterior, sus soluciones no solucionan, vuelve a hacerse daño a ella misma. Asiente.

En otro encuentro me dice que desde que viene no se corta más porque puede desahogarse, pero que ahora sus amigas empezaron a hacerlo en el baño de la escuela. Que se fueron a vivir a una pieza en un hotel después del desalojo y que la mamá y la hermana la amenazan todo el tiempo con mandarla a un instituto de menores. “Se enojan porque les digo cosas cuando me tratan mal, se enojan cuando hablo de mi papá, cuando les contesto”, “Mi mamá me echa la culpa de todo, ya estoy acostumbrada”. Parece un miedo real ser llevada a un instituto. Le digo que es “imposible”, la cito con la mamá la vez siguiente.

A la semana siguiente, “L” y la mamá llegan tarde. Como casi todas las veces Hay argumentos, el tránsito, “nos quedamos dormidas”, “se quemaron las zapatillas en la estufa y no encontrábamos otro par”, luego “L” denuncia a solas que su mamá no estuvo en toda la noche y que es por eso la demora.

Entran las dos. La mamá tiene necesidad de hablar, llora, está desorganizada. Dice que “L” hace lo que quiere, que contesta mal. Le pregunto qué es eso del instituto de menores, que “L” tiene miedo. Dice que es “en joda... pero a veces no sé qué hacer con ella y ella no quiere estar conmigo”. Escuchando su desorden y su dolor por el aparente rechazo de su hija hacia ella, le pregunto si quisiera tener un espacio propio para hacer un tratamiento, dice que puede ser.

Vamos a recortar de este material un detalle articulado a lo planteado en términos del trenzado de un nudo que mantenga unidos el goce, el cuerpo y la palabra.

Frente al desarme de lo familiar, separación, muertes, la madre que “se las toma”, “L” se sostiene en sus cortes y/o vómitos. Este acting como solución no es gran cosa, sin embargo es lo que la trae. Intentando sostenerse del padre, encuentra una analista y allí los cortes ceden. Es en su función que mediatiza todo tipo de desalojos posibles, reales y fantaseados.

Sería esperable que sea con ella, con su analista, que “L” comience a dar lugar al despliegue de lo femenino, el amor, el cuerpo y lo erótico. Hasta ahora se escucha la Identificación viril: ella “toma como uno de ellos”. En ese mismo rasgo se incluye lo rechazado en la madre. Por otro lado, aparece la Identificación histérica, dice que “todas” se cortan, encontramos allí lo que Freud define como “infección psíquica”: es un síntoma que hace lazo, en tanto es un mensaje que se dirige al otro.

Luego lo sexual, lo que la madre llama “abuso”. La analista interviene: equivoca este nombre para aquello que se presenta como un encuentro en relación al cuerpo. Hasta aquí el cuerpo es lo rechazado y desalojado por la madre: una madre que no transmite el no paterno con su voz, sino que más bien ella no tiene “no”. De allí el estrago frente al cual “L” arma algunas ficciones más amables: los abuelos.

Es interesante la articulación realizada por Lacan en el Seminario 21 entre la voz y lo femenino de la transmisión de la madre respecto de la ley del padre como amor y castración. Lo opone al “nombrar para” donde la madre se basta por sí sola para trazar un proyecto respecto de su hijo. Articula esto último a las psicosis.

En ese punto, la transmisión anuda el significante y el cuerpo. En su texto “Televisión”, Lacan plantea que el inconciente embraga en el cuerpo, entendemos aquí “embraga” como un encordado que hace

nudo allí, entramando lo que del cuerpo resuena en un decir más o menos amoroso y elástico. El “puta” y “abuso” es lo contrario, un nombrar rígido que no da lugar al equívoco propio de lo femenino. “L” afirma que los cortes son su desahogo, en oposición, hay ahogo, retomemos aquí la formulación de Freud respecto del objeto oral, pérdida que retorna como plus de goce, que en este caso, no se refunda en la pubertad por la transmisión de la ley paterna en la voz de la madre. Su voz más bien es superyoica, ella no se regula. A ello se le suma la ausencia del padre. Esos des-ahogos se sustituyen por la palabra, por la presencia del analista y la transferencia.

Conclusiones:

En la infancia se arma un nudo en relación al enigma por el deseo de la madre. Es necesario destacar que ese nudo es el resultado de una trenzado lo cual refleja la diacronía del proceso, de la construcción. Esta trenza va enlazando cuerpo, goce y palabra. Durante la confección de esta trenza, ubicamos con Freud momentos en la constitución de un sujeto: satisfacción autoerótica infantil - latencia - pubertad.

Según estos momentos, un analista tendrá la posibilidad de intervenir de modos diferentes. En “L”, que está trenzando su pubertad, surgen sus primeros roces con lo hétero, allí la analista introduce algo de lo femenino, de lo elástico, frente a la rigidez y crueldad de los nombres traídos: “puta”, “abuso”.

Situamos en la viñeta los dos “problemas” de la pubertad: respecto a la tensión sin descarga total, placer preliminar, el sujeto se confronta con la imposibilidad de la relación sexual toda. Respecto al objeto, nos preguntamos si su elección es siempre un “reencontramiento”. Pensamos que habrá cooperación entre lo constitutivo y lo accidental.

Entonces el trauma aparecerá despojado de su vertiente sufriente, sino más bien como posibilidad de lo novedoso en la elección de objeto, lo que abre el lugar para la diferencia en lo que se transmite, lo que obstaculiza elegir-reencontrar lo mismo que fue recibido.

¿Podemos pensar al analista como trauma/obstáculo a lo que se transmite entre generaciones?

Lo transmitido son los significantes recibidos, lo constitutivo, la memoria, la repetición. En la nueva elección habría lugar para el trauma, pensado aquí como contingencia, y de allí surgirá una invención que dé lugar a lo femenino, al equívoco y lo flexible. Lo primero arma, lo segundo descompleta. Allí un analista, armando o equivocando, según el caso.

BIBLIOGRAFÍA

Freud, S. (2005a) [1905]: “Tres ensayos de teoría sexual y otras obras”, en Obras Completas, Vol. VII. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (2005b) [1909]: “A propósito de un caso de neurosis obsesiva”, en Obras Completas, Vol. X. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Lacan, J. (1976): “El sistema tórico y el contra-psicoanálisis”, Seminario 24, clase del 14 de diciembre de 1976, inédito.

Lacan, J., Radiofonía y televisión, Anagrama, Bs. As., 1977

Lacan, J. (2012) [1977]: “Televisión” en Otros Escritos, Paidós